

Sociedades tecnológicas, trabajo fragmentado y democracia: ¿un rompecabezas irresoluble?

Desigualdad, trabajo y democracia son las tres grandes nociones en torno a las cuales van hilvanándose cada uno de los volúmenes de la extensa y bien construida trilogía del profesor José Félix Tezanos*. Justificada, pues, sin necesidad de mayores explicaciones, la relevancia teórica —además de social y política— del objeto de reflexión del texto, sí conviene subrayar que los libros son una exposición sistemática (y pedagógicamente intercalada con análisis de mayor envergadura) de los cuadros y tablas que condensan los resultados arrojados por el Programa de Investigación sobre Tendencias Sociales de Nuestro Tiempo, que el propio Tezanos dirige desde el año 1995. Dicho Programa, cuya finalidad es la de identificar los principales elementos de cambio y los escenarios más plausibles de futuro en campos que van desde las revoluciones de la robótica, la biotecnología y la información hasta las tendencias en el mundo laboral y sociopolítico, está constituido por doce grandes encuestas de opinión a las que se suman los estudios Delphi (encuestas dirigidas a especialistas en diversas materias científicas), así como varios estudios sectoriales; y si bien el autor muestra un acrítico entusiasmo por *lo cuantitativo* —ol-

vidándose de que con una encuesta no es difícil obtener la respuesta que uno pretende—, no cabe duda de que los datos producidos (que no recogidos) son, a pesar de todo, ilustrativos y enriquecen el texto con el fundamento empírico tan caro a nuestro autor.

El primer libro de la trilogía, cuyo gráfico título es *La Sociedad Dividida*, aborda las alteraciones (tecnológicas y organizacionales) que, reconfigurando los procesos productivos, vienen a poner en jaque algunas de las condiciones materiales de vida y algunos de los presupuestos teóricos sobre los que se erigían nuestras «viejas» sociedades. El objetivo del libro es, en palabras de su autor, «proporcionar un marco de interpretación teórica sobre los elementos de desagregación social que se manifiestan en las sociedades tecnológicas avanzadas en sus primeras fases de desarrollo». Lamentándose por el declinante interés académico y político por el problema de la desigualdad (más llamativo todavía cuando las encuestas indican una preocupación creciente por la cuestión entre los ciudadanos), el autor resalta la necesidad de instalarse en la complejidad de lo real como condición para emprender el riguroso esfuerzo de innovación analítica que la actual situación reclama. La multiplicidad y heterogeneidad de los factores causales en juego (crisis del Estado del Bienestar, incorporación intensiva de nuevas tecnologías, globalización

* José Félix Tezanos (2001): *La Sociedad Dividida. Estructura de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*; (2001): *El Trabajo Perdido. ¿Hacia una civilización postlaboral?*; (2002): *La Democracia Incompleta. El futuro de la democracia postliberal*, Madrid, Biblioteca Nueva.

de los mercados, impacto de las migraciones, nuevas pautas familiares, etc.), sumadas al constatado desfase de la categoría tradicional de clase social como fuente explicativa de las dinámicas de desigualdad y conflicto social, mantienen atrapadas a las ciencias sociales en una «fase de perplejidad» de la que deben salir con premura si aún conservamos la esperanza (la convicción, diría Tezanos) de que las dinámicas hoy dominantes no son irreversibles y de que es posible imaginar distintos y mejores escenarios de futuro.

El paisaje social (aunque el autor diría «sociológico») esbozado en el libro tiene su indiscutible característica central en la incorporación masiva de tecnología a las cadenas productivas (principalmente en forma de robots y otros dispositivos de gran sofisticación), incorporación cuyas dos principales consecuencias son, por un lado, la «demanualización» de enormes cantidades de tareas y la consiguiente destrucción de puestos de trabajo (destrucción no compensable por el sector servicios) y, por otro, una acusada segmentación de la mano de obra en dos grandes grupos: el de los ingenieros y técnicos altamente cualificados, que conciben, diseñan y manejan los novedosos dispositivos tecnológicos, y el de los trabajadores no cualificados, mal remunerados y perfectamente sustituibles. Asistimos, pues, a una *crisis estructural del empleo* que, sin embargo, no obtiene en este primer volumen tanta atención como el otro principal rasgo del actual mercado de trabajo, la «balcanización de las modalidades de contratación»: la proliferación de «trabajillos» que no constituyen un empleo estable ni socialmente reconocido, los trabajos desarrollados en la economía informal y su-

mergida, la temporalidad de los contratos o el aumento de los trabajos a tiempo parcial está «difuminando la frontera entre empleados y desempleados», ubicando a muchas personas en un pantanoso territorio fronterizo que, a medio camino entre el empleo y el desempleo, no es contemplado por el aparato asistencial del Estado como objeto de intervención y que puede hacer deslizarse, por tanto, a quienes lo habitan hacia la tan mencionada «exclusión social».

Esta constatación de los hechos abre la puerta, sin embargo, a más originales reflexiones, una de las cuales inspirada por la inevitable pregunta de «¿quiénes son los potenciales excluidos?» y cuya respuesta remite necesariamente a la ya mencionada complejidad emergente: habiendo grupos sociales más vulnerables que otros (los jóvenes, los inmigrantes sin papeles, las mujeres), no hay, sin embargo, una correspondencia directa entre las «posiciones de partida» y las de «llegada». La multiplicidad de factores que se cruzan a la hora de condicionar la relación con el mercado de trabajo (edad, sexo, origen geográfico, nivel de formación, lugar en que se habita, redes de apoyo social, etc.) hace imposible presentar la situación en términos de viejos antagonismos simplistas, caracterizándose la emergente estructura de estratificación por la multiplicación de las categorías, sujetos, intereses e identidades en juego. Y es aquí donde el término «*sociedad dual*» o «*dualizada*», escogido una y otra vez como diagnóstico general de la situación, exige una aclaración teórica: la dualidad se refiere no a los grupos sociales «enfrentados» (que no son dos, sino muchos más), sino a la existencia de «una línea fronteriza que define un haz de posiciones y

*oportunidades diferenciadas para todos aquellos que se sitúan en el exterior o en la periferia del mercado de trabajo "ordinario" o "regularizado"». Y he aquí una de las más esclarecedoras afirmaciones del libro: si los excluidos de antes eran quienes tenían un *handicap* personal (minusválidos físicos y mentales, huérfanos, toxicómanos, analfabetos, miembros de hogares monoparentales, etc.), quienes conforman hoy ese amplio sector social que nutre la exclusión son también personas «perfectamente válidas que son invalidadas por las circunstancias».*

Los excluidos sociales de las sociedades tecnológicas avanzadas (a diferencia de la clase obrera tradicional e incluso de los «antiguos pobres», que podían proyectar socialmente una identidad) están situados en una posición de indeterminación en la estructura social: no resultando necesarios para la lógica de la funcionalidad económica —que dispone de robots mucho más rentables que cualquiera de ellos—, carecen de una función específica que cumplir, son «objetivamente innecesarios»; los excluidos, «en muchos casos, ni siquiera constituyen un ejército laboral de reserva». De aquí la reivindicación que hace el profesor Tezanos del concepto sociológico de «exclusión», en torno al cual gira buena parte del libro: a diferencia del de «pobreza», que se limita a constatar una realidad sin explicarla (e incluso atribuyéndole una cierta aura de fatalidad), el concepto de exclusión haría referencia al *proceso*, al *itinerario* que conduce de una posición social de integración a algún lugar en ese amplio espectro de posibilidades que viene dejando a un número creciente de personas fuera de los circuitos normalizados de intercambio económico, social y simbólico, dando lugar a lo

que el autor, entre otros, aboga por denominar las «infraclases».

La exclusión, pues, entendida como *proceso de segregación*, constituye la categoría clave para entender la auténtica naturaleza del reto al que se enfrentan nuestras sociedades y nuestras ciencias sociales, categoría que tiene otra gran virtud en la incorporación de una dimensión de «alienación social»: la exclusión debe ser entendida no como una situación estática de carencia material, sino también y sobre todo como un proceso en el que se niegan, *de facto*, los derechos sociales y las oportunidades vitales fundamentales. O, dicho en otros términos, «exclusión» remite al debate en torno a la condición ciudadana como tal, a la idea de ciudadanía social fraguada en los años del Estado del Bienestar (que será objeto de una amplia reflexión en este primer libro y retomada en los siguientes volúmenes de la trilogía) y que connotaría al término con la idea de regresión o retroceso, de «proceso que conduce a quitar algo que se había alcanzado o a lo que se tiene o se tenía derecho». El debate central que aquí se abre y que Tezanos apunta es el de la capacidad (o incapacidad) de los sectores excluidos para erigirse en actores sociales, en auténticos sujetos capaces de reclamar y de proporcionar interlocución...

El autor se desdobra aquí para echar un vistazo al horizonte histórico en que nos encontramos y enuncia el hegeliano y cuestionable axioma según el cual el curso general de la historia «se articula en torno a un proyecto humanista basado en el binomio libertad-igualdad» y a su lenta pero inexorable expansión. Ello da lugar a un pronóstico dudoso: el de que

los recortes en los derechos sociales provocados por las actuales políticas neoliberales serán considerados intolerables por la «gente», dando lugar a movimientos sociopolíticos de protesta debido a que la memoria de las conquistas y avances objetivos que nacieron de las sociedades keynesianas está aún demasiado presente. Ahora bien, este pronóstico queda velado por otro más pegado al terreno y más a corto plazo: el de que la ausencia de canales institucionales para la expresión de los intereses y demandas de los sectores excluidos (pues hoy «*los antagonismos operan de forma opaca*») dará lugar a un clima de ascendente tensión y malestar social, amenazador incluso de la paz cívica. Se generarán así escenarios (la mayor parte del tiempo fuera del ámbito productivo) en que los conflictos no serán regulables ni negociables, manifestándose una «*osteoporosis social*» que exige de las ciencias sociales y de las fuerzas políticas progresistas «*superar la falacia de que la sociedad puede funcionar sin contrato social*»; ahora bien, ¿es esto realmente una falacia?

La matriz generacional de la pobreza (esto es, el hecho de que sean los jóvenes los que padecen más que nadie las dificultades para incorporarse al mercado laboral y la precariedad en las condiciones de trabajo) es un hecho que preocupa especialmente a nuestro autor, pues para los jóvenes las mencionadas dificultades y sus dolorosas implicaciones sociales pueden ser percibidas más como un fenómeno estructural que coyuntural, no como un percance, sino como un *destino*... Los aterradores datos proporcionados por el *Programa de Investigación sobre Tendencias Sociales de Nuestro Tiempo*, según los cuales un 16,7% de los españoles

sentiría preocupación por caer personalmente en la exclusión social, mientras que un 20,7% declara sentir esa preocupación por algún familiar cercano, el de que en la opinión pública se extiende la idea de que existen ganadores y perdedores perfilados estructuralmente y de que la desigualdad *aumentará* en el futuro próximo, ponen de manifiesto, en efecto, que la sociedad que está emergiendo de las cenizas de la industrial no respeta el pacto social anterior.

Y pasa a preguntarse el profesor Tezanos algo cuya afirmativa respuesta suele darse por su puesta la mayor parte del tiempo: «¿supone la situación actual (con una fortísima tendencia al aumento de las desigualdades a escala nacional e internacional y con una gran parte de la población del planeta viviendo en la miseria) el éxito del capitalismo?». En un alarde del hoy escaso sentido común, nos recuerda Tezanos que el éxito de un sistema social o económico no puede medirse exclusivamente por el fracaso de sus rivales (véase el socialismo real), sino que debe ganarse sus títulos de legitimidad a partir de lo que él mismo es capaz de garantizar. Y cuando ha quedado demostrado que los actuales mecanismos de estratificación social no son ni casuales, ni periféricos, ni declinantes, ni un coyuntural repunte del viejo problema de la pobreza, sino que conectan de forma directa con el nuevo paradigma organizacional de la producción y son, por tanto, correlato inapelable de algunas de las características constitutivas de nuestras sociedades actuales, entonces, decimos, cuesta entender la vigencia del «pensamiento único» y la ausencia de contestación política...

A esta espinosa y prioritaria cuestión dedica Tezanos el último capítulo de este primer libro,

para retomarla en el tercero, preguntándose por el qué, el quién y el cómo de una intervención eficaz sobre el curso injusto de las cosas. Los principales retos a los que nos enfrentamos, dice el autor, son el de la identificación de las principales líneas de conflicto (para lo que la presente trilogía no es una aportación desdeñable) y el de su traducción a mensajes socialmente inteligibles capaces de agregar los diversificados intereses y alineamientos sociales. Y, a pesar de todo, se lamenta, estaríamos adoleciendo no sólo de la carencia de un nuevo paradigma sociológico y de un proyecto político de futuro, sino que seríamos responsables de una «*crisis de oportunidad*», al no estar prestando la suficiente atención a las posibilidades políticas que subyacen a los nuevos fenómenos de desagregación social.

El recorrido analítico del segundo libro de la trilogía (*El Trabajo Perdido*) tiene su epicentro en las transformaciones que están teniendo lugar en el mundo del trabajo, y su declarado propósito es el de anticipar algunas de las consecuencias de dichos cambios desde una perspectiva social global, «*pues una crisis del trabajo es algo más que una crisis de un espacio económico-laboral. Es un trance que afecta a múltiples funciones de articulación social, de inserción social, de conciencia de la religación y de distribución de recursos*». Evidente la conexión teórica con el primer volumen (y no apenas la conexión, sino un tal vez inevitable aunque repetitivo «solapamiento» temático), este segundo volumen se adentra de lleno en la «*metamorfosis*» presente de lo que hasta hace poco tiempo constituía el corazón inequívoco de nuestras sociedades industriales —el trabajo— y que hoy, sin embargo, aparece

«*como realidad necesariamente adjetivada*»: la asombrosa proliferación de términos que intentan dar cuenta de los emergentes e imprevistos fenómenos laborales (desde «trabajadores temporales multiactivos» hasta «trabajos reticulados», pasando por los «autónomos aparentes» o los «subempleos desestandarizados» y una lista que Tezanos prolonga mucho más, demostrando su sólido conocimiento de la producción sociológica en la materia); este nuevo panorama, decimos, permite hablar con Ulrich Beck de la «braseliñización» del trabajo, esto es, de la acentuación y generalización de las condiciones de inseguridad en el mundo laboral.

La primera parte del libro, dedicada a la identificación de los que son algunos de los rasgos centrales que conforman el todavía cambiante paisaje del trabajo en las sociedades tecnológicas, deja paso a una segunda, más novedosa y osada, en que el autor se pregunta no ya «por lo que hay», sino «por lo que podría haber» y se desliza desde el terreno de la empiria más «a ras de suelo» hasta la especulación teórica (¡en el mejor sentido de la expresión!) en torno a los derroteros posibles por los que transitarán nuestras sociedades, enfrentadas al dilema de reconstruir su renqueante columna vertebral a partir de una nueva «médula ósea».

De la primera parte, de la que aquí sólo podemos dar cuenta de forma impresionista, conviene mencionar, además del *paro estructural de nuevo cuño* y de la *ciudadanía sobrante* (a los que ya se hacía intensa alusión en el primer volumen y que serán los más o menos explícitos protagonistas del tercero), algunos de los datos arrojados por las Investigaciones en

Tendencias...: la creciente brecha salarial (cuatro quintos de la población empleada ven empeorar sus condiciones de trabajo, mientras el quinto restante cobra sueldos literalmente inimaginables hasta hace pocos años), la advertencia de que las cifras de parados podrían ser un 40% mayores de lo que muestran las encuestas si éstas fueran algo más honestas de lo que son, y la constatación de que los trabajadores precarios podrían constituir en breve el 50% de la población activa, dibujan un panorama desolador ante el cual el lector «*sensible a los argumentos morales*» no puede dejar de compartir la preocupación y estupefacción que el texto trasluce. «*¿Llegará a convertirse lo irregular en mayoritario?*», se pregunta abierta y pertinentemente Tezanos.

Esta vorágine de desregulación, paro y precariedad habría convertido en cosa del pasado un marco de interrelaciones en el que las oportunidades, los procedimientos y los criterios para la asignación de medios de vida y para la división de tareas estaban claros. Si bajo el pacto social keynesiano «*cada cual sabía qué era, dónde estaba, qué tenía que hacer y qué podía esperar*», hoy se difuminan sin remedio las reglas sobre cómo se gana y cómo se pierde, lo que no significa que privilegios y subordinación no sigan siendo dos caras de la misma moneda, tal y como nos advierte Tezanos en una breve pero sustanciosa incursión en el terreno de ese nuevo sector laboral que mercantiliza el cuidado y la asistencia personales: «*cuando algunos tienen recursos suficientes para que otros se ocupen de ellos y de sus pertenencias (limpiando sus casas, preparando sus comidas, paseando sus perros, dándoles masajes, ocupándose de su ocio y de otras*

atenciones y necesidades [...] se genera un modelo de estratificación social en el que la prosperidad de un sector de la sociedad da lugar a la resocialización de unas actividades "serviles" de nuevo cuño que configuran un grupo de activos subordinados y dependientes».

Insiste Tezanos en que en un momento de la historia en que las máquinas sustituyen no sólo las funciones musculares, sino también los cometidos intelectuales y en que «*el capital crece sin trabajo*», éste se degrada atrapado por una tendencia a considerarlo una mercancía de segunda clase; y es que, frente al argumento ampliamente utilizado según el cual también en otras épocas la introducción de nuevas tecnologías inicialmente destructoras de puestos de trabajo acabó resultando muy beneficiosa económica y socialmente, al generar nuevos empleos por vías indirectas pero eficaces, demuestra convincentemente Tezanos que la dinámica actual supone una alteración *sustancial* de la histórica interacción entre variables tecnológicas y empleo y desmonta, con igual contundencia y haciendo gala de un considerable conocimiento de la situación económica internacional, la falacia de que el volumen total de empleo en el mundo ha aumentado en los últimos años.

Estaríamos enfrentándonos, pues, a una puesta en cuestión de los modelos de supervivencia propios del industrialismo, en que el capital y los trabajadores se necesitaban mutuamente. Si la tradición económica heredada concebía la producción de riqueza y la generación de empleo como dos fenómenos que corrían paralelos, en las presentes sociedades tecnológicas

puede afirmarse sin rubor que «*a mayor riqueza, menos y peor empleo*», e incluso que «*la escasez de empleo coincide con la abundancia de beneficios y con una retórica de la calidad y la excelencia que esconde una descualificación progresiva de los oficios y de los saberes para la mayoría de la población*». Hoy, cuando se calcula que entre el 75 y el 80% de las tareas laborales necesarias para producir todos los bienes y servicios que nuestras sociedades demandan son robotizables, se impone una pregunta que subtitula e inspira el libro y cuya respuesta sólo puede ser parcialmente esbozada por el análisis sociológico: ¿nos dirigimos hacia una civilización postlaboral?

En la que es una de las más novedosas y atractivas partes de la obra, los datos arrojados por las encuestas de las Investigaciones en Tendencias... nos hablan de la evolución que están experimentando las concepciones y mentalidades de la ciudadanía con respecto a las tres componentes que venían a encontrarse en el concepto de trabajo y que lo cimentaban como hecho social: el *vínculo salarial* (el trabajo como mecanismo para satisfacer la necesidad económica individual en una sociedad capitalista) seguirá siendo la componente prevalectante del trabajo del futuro, según la opinión pública, mientras que el *vínculo societal* (el trabajo como condensación de las obligaciones y correspondencias mutuas entre individuo y sociedad) y la componente de la *realización personal* (el trabajo como ámbito en que el ser humano despliega y cristaliza sus potencialidades como ser productivo y creativo) son y serán crecientemente cuestionados por la ciudadanía. Y si los recientes cambios acontecidos en los procesos productivos están afec-

tando no sólo a las configuraciones de las actividades laborales, sino también a las percepciones sobre el trabajo y a las estructuras de sentido y motivación en torno a él, entonces, ¿qué aspecto tendrán las sociedades del futuro? ¿Qué hacer cuando la esfera del trabajo y de la producción no pueden seguir estructurando y organizando la sociedad y cuando ya no se puede seguir construyendo teoría sociológica en torno a ellas? ¿Cuál será la «sustancia» que dará cuerpo, no sólo material sino moral, a las nuevas sociedades tecnológicas?

Tezanos apuesta sin tapujos por «*hacer de la utopía de ayer la exigencia del mañana*»: habiendo dejado atrás tanto la «maldición bíblica» como el trabajo en tanto que medio imprescindible para el sustento material de las comunidades humanas, los virtuosismos técnicos de hoy, que multiplican la productividad minimizando la mano de obra exigida, están haciendo factible el ancestral sueño de la liberación del trabajo y permiten hablar a nuestro autor de una sociedad construida sobre «*criterios solidarios y altruistas*», que haría de la justicia social y de la participación política activa su esqueleto y su sentido. Se muestra Tezanos partidario, ante la inaplazable pregunta de «*¿cómo se distribuirían los recursos?*», del así llamado «tercer sector de la economía», que consistiría en la incorporación al abanico de las tareas remunerables de una serie de nuevas actividades de utilidad social. Reconociendo que para todo ello resultan necesarias nuevas concepciones del uso de los tiempos vitales, nuevos enfoques de la acción colectiva y una nueva cultura política, no desarrolla sin embargo *hasta el final*, ni en este ni en el último libro de la trilogía, propuestas

como la de «revisar la ecuación asimétrica entre economía y sociedad» o la del necesario «replanteamiento de los actuales modelos de apropiación de los medios de producción». Tímida también su alusión al «ingreso mínimo garantizado» o «salario social», Tezanos se mueve aquí entre la grandeza del vislumbrado tránsito entre el *homo faber* y el *homo ludens* y la conciencia de que «aún se mantienen vigentes valores propios de los paradigmas industriales, permaneciendo operativa, al menos en parte, la retórica de “la civilización del trabajo”, alimentada por los impulsos inerciales y por las prácticas justificativas de las organizaciones e instancias sociales que surgieron a su calor». Pero ¿serán estas «instancias sociales» una eufemística manera de referirse a las poderosísimas fuerzas socioeconómicas que salen ganando con las reglas del actual *statu quo* y que bajo ningún concepto están dispuestas a ceder riqueza y poder? Sobre cómo es posible avanzar en esta difícil tesitura versa el tercer y último volumen de la trilogía...

Se articula el texto (*La Democracia Incompleta*) en cuatro grandes apartados: democracia y sociedad, condiciones, imperfecciones y perfeccionamiento de la democracia. Sus tesis centrales están claras en una corta introducción, que recoge las problemáticas abordadas en los dos primeros libros y las conecta, a modo de colofón argumental, con lo que constituye el núcleo de este tercero: «si las desigualdades aumentan hasta niveles no aceptables, si el trabajo se precariza y al mismo tiempo las oportunidades de empleo se deterioran, la democracia acabará viéndose afectada»; «algo está incidiendo en los sistemas políticos establecidos, porque hay poderes, interferencias y

filtros de funcionamiento que no permiten una traducción suficientemente fiel de la voluntad popular»; «la democracia no debe ser entendida solamente como un procedimiento de articulación de la representación política o de establecimiento de equilibrios institucionales, sino que debe ser contemplada también como un sistema orientado a buscar las mejores soluciones a los problemas sociales planteados en la convivencia». E identificado así el problema, el autor no vacila en apuntar el remedio: «contra los riesgos de una crisis de la democracia la solución es apostar por más democracia».

Metodológicamente, las dos primeras partes del volumen son prácticamente en su totalidad expositivas y emprende en ellas Tezanos el elogiado intento de plantear adecuadamente, y con perspectiva histórica, *los términos del problema*, para acabar sin embargo extendiéndose en demasía al tratar de presentar una especie de síntesis de la historia de la democracia y sus concepciones, historia que ya ha sido escrita muy brillantemente en otros lugares. Este repaso al horizonte histórico de la democratización, muy al hilo de C. B. McPherson y Robert Dahl, es sombrío para algunos ámbitos (por ejemplo, en la empresa el hombre seguiría siendo un súbdito y viviendo «una experiencia social escindida»), pero hay motivos para el optimismo: ¿por qué si ha habido un progreso democrático en términos históricos se detendría ahora tal progreso? Con Dahl postula Tezanos «una tercera transformación de la democracia», y en las páginas siguientes, tras examinar los síntomas de la *democracia débil* (tales como la escasa participación electoral, la baja afiliación sindical, etc.), dedica unas pági-

nas muy calurosas a lo que él tiene por elementos creadores de vínculos sociales alternativos, territorio en el que se adentra de la mano de Ferdinand Tönnies, autor con el que expresa una clara sintonía. Excelente la presentación de los conceptos de *comunidad* y *asociación*, que dan una pista segura y nada sorprendente: Tezanos es comunitarista, pues «*la recuperación del progreso en último término puede ser entendida como la transición desde el paradigma de una sociedad impersonalizada y desvitalizada hacia el modelo de una comunidad rehumanizada*».

La segunda parte del libro, vibrante alegato contra lo que el autor llama «*el espejismo globalizador*», es la primera oportunidad, que reiterará después en cuanto el contexto lo permita, para proceder a una crítica demoledora de la gestión neoliberal de la economía (lo que él llama «*las seis falacias neoliberales*», la más grave de las cuales sería «*la falsificación práctica de la libertad*») y para denunciar la claudicación de buena parte de la izquierda ante la ofensiva de la derecha neoliberal. Muestra Tezanos una visible preferencia por el *socialismo reformador* y un documentado y nada sorprendente desdén por el *social-liberalismo*. Es imitable el autor con la concepción neoliberal, a la que tilda de *filosofía ideologizada*, y ni que decir tiene que defiende un papel corrector y redistribuidor para el Estado, sustantivo que escribe siempre con mayúscula.

En la tercera parte —las imperfecciones de la democracia— encontramos la más dilatada de las incursiones en la historia: el populismo y el neo-bonapartismo, asunto este al que el autor, siempre alerta contra los hiperliderazgos y las

jefaturas plebiscitadas, concede mucha importancia. Seguramente, sólo para emprender un buen repaso a la que es la institución clave de la democracia representativa y, al mismo tiempo, una de sus principales amenazas: los partidos políticos. Teorizando con rapidez y sin excesivo aparato crítico sobre los mecanismos de filtración y mediación social, se detiene sin embargo en un ejemplo concreto de lo que llama, con excesivo recato, «*insuficiencia democrática*»: las elecciones que en noviembre de 2000 dieron la presidencia de los Estados Unidos a George Bush. Señala hasta siete problemas agudos en ese proceso que le permiten probar no sólo que se produjo, *de facto*, un falseamiento de la decisión popular, sino augurar que tal vez no está tan lejos la célebre profecía de Alvin Toffler («*La Tercera Ola*») sobre una no muy lejana crisis de la democracia de masas estadounidense, negando enérgicamente, además, la tesis de que la ausencia de convulsiones sociales en el país en un momento de tal anomalía sea la prueba de la solidez del sistema.

La cuestión capital de los medios de comunicación tampoco es dejada de lado en esta reflexión en torno al poder. Constatando como punto de partida el hecho de que «*en las complejas y atomizadas sociedades de nuestro tiempo, los medios de comunicación en la práctica han llegado a tener el poder de expedir certificados de existencia*» (y sobre todo de no expedirlos, cabría añadir), Tezanos retrata el amenazador estado de concentración en pocas manos, cada vez menos, de los grandes medios. Los datos abrumadores y disponibles son aquí, por conocidos, menos sugerentes para el lector que el esbozo de crítica que hace

el autor tendente a probar que tal concentración es inequívocamente favorable al campo conservador y que la izquierda está desasistida en este orden. Aquí es muy severo el autor: si no se remedia, la sociedad des-informada «podría volver a los modelos predemocráticos anteriores a la Revolución Francesa». Una afirmación corroborada en las páginas siguientes, dedicadas a «poder, riqueza y democracia», que glosa el caso Berlusconi y para el que el autor, al denunciar la connivencia de dinero y poder, se sirve una vez más, en lo tocante a España, de los reveladores datos que le aportan los cuadros de las Investigaciones...

Y si hasta aquí Tezanos había planteado el «estado de la cuestión» (pésimo, se diría, pero no irremediable), dedicará la cuarta y última parte de este tercer libro a lo que desea proponer y que resulta, por tanto, lo más personal e innovador del mismo. La eventual deslegitimación de los sistemas políticos, como consecuencia de la precarización del trabajo, del aumento de la exclusión social y de la concentración de riqueza y poder en pocas manos, prueba la necesidad de hacer algo con la democracia, que «no puede quedarse como está»... A fin de cuentas, se trata de responder a esta pregunta: «¿cómo puede lograrse que las personas que forman parte de las sociedades de un futuro inmediato sean mejores ciudadanos? ¿Y cómo aunar el énfasis en el procedimiento democrático —principalmente el voto— con la idea del bien común, de la *virtud republicana*? La orientación general sugiere una actitud de tensión permanente en defensa de la democracia como «*engranaje complejo que se debe cuidar y en su caso reparar y lubricar*». Y sin pretender hacer un inventario

exhaustivo de formulaciones alternativas, sugiere Tezanos la «*democracia deliberativa*», cercana al «*debate racional*» de Jürgen Habermas, como recurso para la profundización del debate y compensación frente a la «*mercantilización de la política*».

Y en la «*agenda democratizadora*» que Tezanos propone constituye un capítulo esencial lo que Robert Dahl llamó el «*gobierno de las entidades económicas y la democratización de las empresas*», materia que el autor identifica como la más urgente y, en cierto modo también, la más prometedora. Hasta seis argumentos de orden general avanza para crear imparable la democratización del trabajo, uno de las cuales es, tal y como apuntaba en el volumen dedicado al trabajo, que la crisis del empleo suscita también opiniones favorables a tal democratización. Sería imposible para nuestro autor que la lenta desaparición del *ethos* del trabajo sobre el que descansó la revolución industrial no produjera un cambio en un sentido anti-autoritario, pro-pactista y de reparto del empleo disponible bajo criterios más cualitativos... Con todo, Tezanos es consciente de que «*los ámbitos fundamentales de decisión permanecen relativamente intocables*» o están en manos del personal directivo en lo tocante a decisiones estratégicas, corresponsabilidad, participación en beneficios, etc.

El volumen, hecho el diagnóstico y enunciado el vaticinio (la necesidad imperativa de profundizar la democracia para salvarla), se encamina hacia su fin en tres capítulos cruciales: quiénes son los nuevos sujetos políticos de tal transformación; el papel, o nuevo papel, de los partidos, y un corolario que casi evita el co-

mentario: democracia es igualdad. Volviendo sobre la gran complejidad de las estructuras de clase y la multiplicidad de intereses de las sociedades actuales, que promueven la aparición en escena de gran cantidad de grupos sociales heterogéneos, Tezanos se detiene en una necesaria reconsideración del tradicional carácter y estructura organizativa de los partidos para afirmar que «*la hegemonía política no puede alcanzarse sólo en términos de definición de un espacio sociológico-económico o de una clientela política supuestamente "natural", sino que a estas definiciones deben aplicarse "coeficientes de corrección" debido a la incidencia de complejos factores ideológicos, políticos, culturales, etc.*». Y un poco más adelante añade: «*se ha conformado una verdadera ciudadanía activa (...)* y los partidos *deben ser capaces de abrir cauces a la nueva multifuncionalidad política inclusiva*», sin que se entienda demasiado bien cómo hacer para traducir tan seductor rótulo en la práctica política concreta.

En una rápida pero vigorosa referencia a la problemática del ecologismo, sostiene nuestro autor que «*una nueva concepción de la dialéctica hombre-naturaleza va a ser uno de los referentes medulares en los debates sobre el futuro*» y, refiriéndose al principal vector del movimiento social alternativo, los Verdes, cree que el socialismo debe ser visto ya como un *eco-socialismo*. Se echa en falta, sin embargo, una alusión explícita y políticamente comprometida a esa actual ciudadanía, ya no «sobrante» sino «inexistente», que son los inmigrantes «ilegales», cuyo estatus y derechos representan, sin duda, uno de los principales desafíos de la aquí tan aclamada convivencia democrática...

Y llegamos así al que es el último capítulo del libro y de la trilogía, cuyo título es casi la tesis y, desde luego, la intención de ambos: democracia es igualdad. Reclamada la condición *moral* y no apenas *procedimental* de la democracia, reivindicada su radical confusión con las mejores aspiraciones del hombre como ser social, queda tan sólo exigir a gritos más (¡al menos un poco más!) de igualdad. Tezanos sabe que está terminando donde quería y con el énfasis que quería y llama a estos conceptos *la cuestión clave* y *el colofón final*. Su argumentación es la esperada: ¿para qué sirve la libertad de opinar o de votar a los pobres y a los excluidos? Reitera algunas de las cifras aterradoras que manejó a lo largo del texto y resume así prácticamente el libro: «*(...) el sufragio universal garantiza que todos los ciudadanos tengan un derecho igual a decidir sobre el curso político; (...) y se proclama que la grandeza de la democracia es que el voto de un magnate vale lo mismo y cuenta igual en las urnas que el del más modesto trabajador. Pero todo el mundo sabe que esto no es cierto*».

Escrita la trilogía desde la alentadora óptica de que el curso de las cosas puede ser rectificado (tesis que se funda en el hecho rotundo de que, tal y como subraya agudamente Tezanos, en las pocas décadas keynesianas se hizo más por reducir la desigualdad que en los quinientos años anteriores), se desliza sin embargo el discurso del autor hacia la que es una confianza tal vez excesiva en la herencia que dicha época nos habría legado. Se olvida Tezanos de que el Estado del Bienestar constituyó un acontecimiento excepcional en la historia del capitalismo, explicable sólo a partir de un panorama sociopolítico específico que ha deja-

do de existir (una elevada tasa global de crecimiento económico, la fuerza organizativa y política de la clase obrera y la existencia, a modo de ejemplo peligrosamente tentador, del socialismo de la URSS, entre otros). ¿Resulta entonces legítimo, y aun razonable, seguir confiando en las huellas que aquel orden social habría dejado en nuestros imaginarios, expectativas y posibilidades, cuando el capitalismo atraviesa hoy una fase de contracción a nivel planetario, cuando el desafío del socialismo real —que era al mismo tiempo una fuerza inspiradora— se ha desmoronado sin tan siquiera hacer ruido, dejando así hueco al diagnóstico de que este es «el mejor de los mundos posibles», y cuando el sujeto de acción política que forjó y disfrutó los derechos que daban cuerpo a aquellos entramados sociales se ha roto en mil pedazos? ¿Con qué herramientas políticas y discursivas contamos hoy para hacer frente a la nueva situación?

Si Tezanos retrata bien la inédita situación (ya no hay un «malestar social esencial» sino «muchos males», ni un «sujeto único revolucionario» sino una «multitud de sujetos»), pronostica sin embargo que la violación de las antiguas reglas del juego puede conducir con toda probabilidad a una quiebra de la legitimidad de los actuales sistemas políticos. Pero ¿y si las reglas del juego han cambiado? ¿Y si el poder sabe conquistar y conquista nuevas formas de producción de legitimidad? La incertidumbre en que parece estar sumido el sociólogo y el ciudadano es condensada con fuerza en su tan querida metáfora teatral: «*En las experiencias concretas encontramos no sólo una mayor cantidad de actores [...] sino que nos topamos con actores que al principio no estaban*

o no aparecían en el proscenio, o personajes que mueven los hilos desde las bambalinas, y sectores del público que acaban tomando parte en la representación. En definitiva [...] lo que se ve bajo los focos del escenario es sólo una parte de la obra que está en cartel [y que incluye] a decoradores, tramoyistas, publicistas, realizadores...».

La reivindicación permanente que hace Tezanos del que debería ser el papel de las ciencias sociales (no limitarse a registrar *a posteriori* lo que sucedió, sino desentrañar las tendencias futuras del devenir social) se ve de esta manera limitada e incluso contradicha en su también permanente advertencia de que la nueva urdimbre social, al no estar completamente perfilada, no permite hacer ni diagnósticos ni pronósticos definitivos. Si la «sintonía» de los tres libros y sus objetos de reflexión con las actuales y teóricamente intensas preocupaciones ciudadanas es en principio enorme (tal y como demostrarían las propias Investigaciones en Tendencias...), queda no obstante sin responder, después de todo, la inevitable y urgentísima pregunta de por qué dicha preocupación ciudadana no se expresa en términos políticos, tanto de movilización social como de opción electoral. En efecto, difícil es resolver el viejísimo dilema del pensamiento social (no ya el de por qué la gente se rebela, sino, al contrario, el de por qué *no* se rebela...) y, sin embargo, las pretensiones omnicomprendivas que, a pesar de todo, alberga el autor al redactar la trilogía legitiman de alguna forma la formulación de la pregunta.

Si bien dichas pretensiones (que salpican los libros de intentos de síntesis históricas de las

concepciones sobre la democracia, o de la relación entre clase y conciencia de clase, o de las diferentes dialécticas tecnología-sociedad, etc.) alargan los textos en demasía para, a pesar de todo, no añadir grandes novedades para el lector, el grueso de los volúmenes logra, sin embargo, interesar y aun interpelar vivamente a ese mismo lector. El difícilmente discutible pronóstico de que la sociedad que viene será más violenta, más injusta, más racista y más individualista no puede dejar de advertirnos sobre la auténtica envergadura de los asuntos en juego ni permite pasar las páginas de esta trilogía con actitud indiferente. No sólo el sociólogo, sino el ciudadano de a pie —para quien estos libros resultan perfectamente accesibles gracias a su lenguaje claro y a su ordenada exposición—, encuentran en ellos una sincera, eficaz e inaplazable invitación a «hacer algo». Hagámoslo, pues.

Laura VÁZQUEZ MARTÍ

Chantal Mouffe

La paradoja democrática

(Barcelona, Gedisa, 2003)

Hannah Arendt señalaba que la política se basa en un hecho: la pluralidad de los hombres. La política trata del estar juntos y de la reciprocidad entre seres diferentes. La política es resultado de la aceptación de la existencia simultánea

de grupos diferentes y, por lo tanto, de intereses y tradiciones divergentes dentro de una unidad territorial sujeta a un gobierno común. Implica, por tanto, cierto nivel de tolerancia y el reconocimiento de que el gobierno se ejerce en mejores condiciones cuando los distintos intereses se debaten en un foro abierto.

Este es el contexto en el que se inscribe el pensamiento de Chantal Mouffe, profesora de la Universidad de Westminster (Londres). Mouffe considera que la democracia se ve amenazada no sólo cuando hay un déficit de consenso sobre sus instituciones y valores, sino también cuando su dinámica *agonística*, su naturaleza conflictiva, se ve obstaculizada por un consenso aparentemente sin resquicios, que muy fácilmente puede transformarse en su contrario. Es lo que ha ocurrido en algunos países de Europa, en los que la desaparición de una línea divisoria clara entre las identificaciones políticas tradicionales ha dejado un vacío que rápidamente ha ocupado la extrema derecha. Ese hueco ha permitido articular nuevas identidades colectivas a través de un discurso xenófobo y recrear la frontera política desaparecida mediante la creación de un nuevo enemigo. La inexistencia de líneas divisorias perfiladas impide la creación de identidades políticas claras y alimenta el desencanto con los partidos tradicionales. Se prepara de esta manera el terreno para los movimientos populistas y antiliberales. Cuando el conflicto propio de un sistema pluralista no se puede desplegar debido a la difuminación de las identidades con las que uno se puede identificar, existe el riesgo de que se multipliquen las confrontaciones sobre identidades esencialistas y valores innegociables.